

La Psicología del encarcelamiento: privación, poder y patología

P.J. Zimbardo, C. Haney, W.C. Banks y D. Jaffe*

En la cárcel, es lo que se le quita al prisionero y lo que se le niega lo que él más desea.

Elridge Cleaver, *Soul on ice* (1968)

Sentimos nuestros poder más nítidamente cuando quebramos el espíritu de una persona que cuando conquistamos su corazón.

Eric Hoffer, *The Passionate State of Mind* (1954)

Todas las cárceles que construyen los seres humanos están edificadas con ladrillos de vergüenza y rodeadas de barrotes para que Cristo no vea cómo los seres humanos maltratan a sus hermanos.

Oscar Wilde, *The Ballad of Reading Gaol* (1898)

La cárcel es forzar a alguien en contra de su voluntad.

Epicteto, *Discursos* (2.º siglo)

En una mañana de domingo del mes de agosto varios coches de la Policía se adentraron en Palo Alto haciendo sonar sus sirenas. La Policía efectuó la detención de varios estudiantes universitarios de primeros años de carrera en lo que parecía ser una detención colectiva. A cada sospechoso se le acusó de realizar actividades delictivas, se lo cacheó, esposó y arrojó en el interior del vehículo policial y se lo llevó a comisaría para su identificación.

En algunos casos, vecinos curiosos que fueron testigos de las detenciones expresaron su simpatía y preocupación a las familias de estos desafortunados jóvenes. La madre de un estudiante universitario de 18 años que había sido detenido por atraco a mano armada manifestó sobresaltada: «Tuve la impresión de que mi hijo había hecho algo malo porque la policía vino a buscarlo».

Después de haber tomado sus huellas digitales y los datos pertinentes para enviarlos al archivo central, cada prisionero fue encerrado en una celda aislada y después de un rato, y tras haberle vendado los ojos, fue conducido a la «Prisión del Condado de Stanford». En ella comenzó el proceso de convertirse en prisionero. A cada prisionero se lo desnudó, registró, desinfectó y se le entregó un uniforme, toalla, jabón y un lecho.

* en Z. Rubin (ed.), *Doing unto others*. Prentice Hall, Englewood Cliffs. Los derechos de autor de este trabajo los cedió gentilmente el doctor Zimbardo al traductor para su publicación en la presente Revista.

En las últimas horas de la tarde, cuando ya se habían consumado nueve detenciones, estos jóvenes que habían cometido su primer delito estaban sentados, aturridos y silenciosos, en los catres de sus enrejadas celdas tratando de dar sentido a los inesperados sucesos que habían transformado sus vidas en una forma tan llamativa. Algo extraordinario estaba ocurriendo. No eran los procedimientos rutinarios de la Policía ni las detenciones, que se llevaron a cabo con la fría eficacia habitual ni el hecho de ser encarcelado tras barrotes metálicos en unas celdas que había que compartir con un excesivo número de personas, por lo demás, completamente desconocidas. Había algo que no encajaba, algo que obligaba a cada prisionero a preguntarse a qué tipo de cárcel había ido a parar y a qué tipo de experiencias se vería expuesto antes de ser finalmente liberado o trasladado a otra cárcel.

• • • • •

Todos nosotros somos conejos de indias en el laboratorio de Dios.
La Humanidad no es más que una tarea en desarrollo.

Tennessee Williams, *Camino Real*

Estas personas formaban parte de un tipo muy especial de prisión, en concreto, una prisión experimental o simulada, creada por unos psicólogos sociales con el propósito de estudiar intensivamente los efectos del encarcelamiento sobre sujetos voluntarios. Cuando planeábamos las dos semanas de vida de prisión simulada, lo que nos preocupaba primordialmente era la comprensión del proceso mediante el cual las personas se adaptan a una situación nueva y extraña en la que los llamados «prisioneros» pierden su libertad, sus derechos, su independencia y su intimidad mientras que los así llamados «guardias» obtienen poder social aceptando la responsabilidad de controlar y manejar las vidas de las personas que son puestas a su cargo y que dependen de ellos.

La decisión de investigar estos temas y otros relacionados con ellos en el contexto de una prisión simulada en lugar de hacerlo en una real se basó en dos premisas. Los sistemas penitenciarios son fortalezas cerradas, no accesibles a una observación imparcial y, por lo tanto, inmunes a un análisis crítico proveniente de alguien que no forme parte de la autoridad del centro. Es virtualmente imposible, incluso para los comités de investigación del Congreso, conseguir acceso total y sin limitación de tiempo a las actividades cotidianas de la prisión. La probabilidad que tienen los ciudadanos individuales de conseguir tal acceso es considerablemente menor.

En segundo lugar, en una prisión real es imposible separar lo que el individuo trae a la prisión de lo que la prisión produce en él. Por ejemplo, al observar un determinado acto de violencia o de brutalidad en la prisión, es imposible determinar si ha de ser atribuido a algún aspecto de la situación o a las características ya existentes de la personalidad de la población especial de los que se convierten en prisioneros o en guardias.

Al poblar nuestra prisión simulada con un grupo completamente homogéneo de individuos que eran normales en una serie de dimensiones de personalidad, estábamos mejor preparados para evaluar el impacto de unas fuerzas situacionales extremas sobre la conducta resultante, controlando el posible influjo contaminante de rasgos crónicos de personalidad usados comúnmente para explicar los incidentes en las prisiones.

Nuestra muestra final de participantes (10 prisioneros y 11 guardias) fue el resultado de una selección a partir de una muestra inicial de 75 voluntarios reclutados mediante anuncios en periódicos de la ciudad y de la universidad. Los aspirantes eran en su mayoría estudiantes universitarios de Estados Unidos y del Canadá, que casualmente estaban en el área de Stanford durante el verano y cuya motivación se explicaba por los 15 dólares diarios que se les ofrecía por participar en un estudio sobre la vida dentro de la prisión. Todos los solicitantes

fueron sometidos a una entrevista clínica en profundidad y cumplieron un extenso cuestionario sobre diversos aspectos de su vida y sólo se seleccionaron aquéllos a los que se juzgó, más allá de toda duda razonable, como estables emocionalmente, sanos físicamente y respetuosos de la ley.

Esta muestra de estudiantes universitarios varones de clase media, de raza blanca (sólo había un oriental) se dividió entonces en forma arbitraria en dos subgrupos mediante el lanzamiento de una moneda al aire. Se asignó a la mitad aleatoriamente a desempeñar el papel de guardias y a la otra mitad el de prisioneros. Por lo tanto, no existían diferencias mensurables entre guardias y prisioneros al comienzo del experimento. Aunque al principio se avisó a todos que el desempeño del papel de prisionero traería consigo la pérdida de intimidad y de sus derechos de ciudadano y que podrían ser sometidos a un trato violento, todos los sujetos estaban convencidos plenamente de su capacidad para soportar todo lo que la prisión pudiese ofrecer en un período experimental de dos semanas. Armados con esta ilusión de invulnerabilidad y autonomía personal, todos los sujetos consintieron sin asomo de duda en firmar su permiso para participar. Es importante notar, aunque sea de pasada, que la motivación que guiaba a estos sujetos a formar parte de esta prisión simulada es parecida a la que guía a otros hombres hacia las prisiones reales: la oportunidad de conseguir dinero en una forma fácil.

.

Somos conscientes del contenido de la experiencia pero no caemos en la cuenta de que es una ilusión. Vemos las sombras y las confundimos con la realidad.

R.D. Laing, *Self and others*

Lo más sorprendente del resultado de la experiencia de esta prisión simulada fue la facilidad con que se puede provocar una conducta sádica en jóvenes totalmente normales y el contagio de una patología emocional entre aquéllos que precisamente habían sido seleccionados con todo cuidado por su estabilidad emocional. Quizás fue más asombroso todavía para nosotros la extrema permeabilidad de las fronteras entre la realidad y la ilusión, entre la propia identidad y el rol situacional. Lo que comenzó siendo un simple ejercicio académico se convirtió en una fuerza de proporciones monstruosas, produciendo unas consecuencias impredecibles en todos aquellos que entraron dentro de los muros de esta prisión especial. Sin embargo, como esto es adelantar acontecimientos, volvamos a la historia presentando la bienvenida del guardia a los nuevos internos:

Como ya sabréis probablemente, yo soy vuestro Guardia. Todos vosotros habéis demostrado que sois incapaces de funcionar en el mundo exterior por una razón o por otra. Es decir, que carecéis de la responsabilidad que caracteriza a los ciudadanos de este gran país. Nosotros, los de la prisión, el personal correccional, os vamos a ayudar a aprender cuáles son las responsabilidades de los ciudadanos de este país. Aquí tenéis la reglas. Dentro de poco habrá una copia de ellas en cada una de las celdas. Esperamos que las sepáis y que seáis capaces de decirlas de memoria. Si seguís todas estas reglas y mantenéis limpias vuestras manos, si os arrepentís de vuestras malas acciones y mostráis una actitud de penitencia, nos vamos a llevar de maravilla.

Seguía aquí la lectura de las 15 reglas básicas de la conducta del prisionero (que habían compilado el guardia y su plantilla de oficiales correccionales):

Regla número uno: Los prisioneros tienen que permanecer silenciosos durante los períodos de descanso, después de apagar las luces, durante las comidas y siempre que estén fuera del patio de la prisión. Dos: los prisioneros tienen que

comer en las comidas y sólo en las comidas. Tres: los prisioneros no podrán conspirar, dañar las paredes, los techos, las ventanas, las puertas o cualquier otra propiedad de la prisión... Siete: los prisioneros se dirigirán uno a otro sólo por su número de identificación. Ocho: los prisioneros se dirigirán a los guardas como «Sr. Oficial correccional»... Dieciséis: la desobediencia a cualquiera de las reglas anteriores resultará en un castigo.

La prisión se construyó físicamente en los bajos de la Universidad de Stanford, desierta tras el final de los cursos de verano. Un largo pasillo se convirtió en el «patio» de la prisión levantando un muro en cada uno de sus extremos. Tres pequeñas salas de laboratorio que daban a este pasillo se convirtieron en celdas; se cambiaron las puertas originales; en lugar del mobiliario primitivo se colocaron tres catres en cada celda. Las oficinas que había al lado sirvieron como alojamiento de los guardias, como salas de entrevista y como dormitorios para el jefe de guardias (Jajfe) y el Superintendente (Zimbardo). Una cámara de televisión oculta y varios micrófonos también ocultos grabaron gran parte de las interacciones verbales y no verbales entre guardias y prisioneros. El entorno físico era tal que los prisioneros siempre podían ser observados por el personal, siendo la única excepción los casos en que se colocaba a un prisionero en confinamiento solitario (una especie de trastero, pequeño y oscuro, denominado «el Agujero»).

Nuestra prisión simulada representó un intento de simular *funcionalmente* algunos de los aspectos significativos del estado psicológico del encarcelamiento. No intentamos generar una simulación literal de los detalles de la prisión «real» ni sus procedimientos habituales de actuación. Más bien, nuestra preocupación primordial era conseguir algunos efectos psicológicos equivalentes, por encima de las diferencias entre la forma y la estructura de los procedimientos particulares utilizados en la «Prisión de S.» y los que se utilizan en las prisiones «reales».

Los prisioneros «reales» informan por lo general de un sentimiento de ausencia total de poder, de sentirse arbitrariamente controlados, dependientes, frustrados, anónimos, deshumanizados, castrados. No es posible, ni pragmática ni éticamente, crear estos estados crónicos en sujetos voluntarios que saben perfectamente que están en un experimento que dura un corto período de tiempo. El racismo, la brutalidad física, el confinamiento indefinido y la homosexualidad forzosa no constituían aspectos de nuestra prisión simulada. En su lugar, creamos manifestaciones simbólicas de aquellas variables que se suponían fundamentales en la experiencia de ser encarcelado.

Se fomentó la anonimidad por medio de una variedad de procedimientos tendentes a minimizar las características personales de los prisioneros y su anterior identidad. Los uniformes, los números de identificación, las gorras y el haber sido despojados de todos sus efectos personales y alojados en celdas con barrotes, todo ello hizo que los sujetos pareciesen muy similares unos a otros y a menudo imposibles de distinguir para observadores extraños. A la vez esto les impuso a la fuerza una identidad situacional de grupo de «prisioneros». El tener que llevar una especie de guardapolvos, similar a un vestido de mujer, y sin ropa interior hizo que los prisioneros tuviesen menos libertad en la realización de sus acciones físicas y que se moviesen en forma más femenina que masculina. El forzar a los prisioneros a obtener permiso para actividades rutinarias simples tales como escribir cartas, fumar un cigarrillo e incluso ir al servicio provocó en los primeros una dependencia infantil.

También los guardias estaban «desindividualizados» por el hecho de llevar uniformes kakis idénticos y gafas de sol con cristales reflectantes que hacían imposible el contacto visual. Sus símbolos de poder eran porras, silbatos, esposas y las llaves de las celdas y de la «entrada principal». Aunque no preparamos formalmente a los guardias para su papel, en la inmensa mayoría de los casos no tuvieron mayores dificultades para adaptarse a él. Las películas, la TV, las novelas y el resto de los medios de comunicación les habían proporcionado un buen número de modelos de guardias de prisión a los que emular. De la misma

manera que los oficiales «correccionales» reales sometidos a las mismas influencias culturales nuestros guardias simulados tenían disponibles modelos de conducta de guardia sobre los que podían improvisar desempeños de rol. De la misma forma también, nuestros prisioneros simulados habían aprendido en cierta medida de los medios de comunicación y habían seleccionado las experiencias vitales que eran adecuadas reacciones de prisionero.

Dado que estábamos tan interesados en la conducta de los guardias como en la de los prisioneros, se les concedió una considerable libertad de improvisación para desarrollar las estrategias y tácticas de trato de prisioneros. La mayor parte del tiempo los guardias y los prisioneros interactuaban en el patio solos y sin la presencia de personas de mayor status. A los guardias se les dijo que tenían que mantener la «ley y el orden» en esta prisión y que serían responsables de la solución de todos los problemas que pudiesen surgir y se les advirtió de la gravedad de los peligros que conllevaba la situación en la que iban a entrar. Sorprendentemente en la mayoría de los sistemas penitenciarios los guardias «reales» no reciben una preparación psicológica o una formación mucho más adecuada que ésta para uno de los trabajos más peligrosos, complejos y exigentes que nuestra sociedad puede ofrecer. Se espera que aprendan cómo ajustarse al nuevo empleo sobre todo a partir de la experiencia en el trabajo y a partir de contactos con los «viejos lobos» durante un período de orientación que es una auténtica supervivencia del más apto.

.

Sólo se consigue conocer San Quintín con la experiencia que proporciona el paso del tiempo. Algunos de los nuestros necesitan más tiempo y experiencia para lograrlo; algunos no lo consiguen nunca.

Manual de orientación del personal a cargo de la prisión de San Quintín (Julio de 1970)

La interacción simbólica entre guardas y prisioneros requiere que cada uno desempeñe su propio rol y que obligue a los demás a desempeñar el suyo de una forma adecuada. *Nadie puede ser un prisionero si nadie quiere ser su guarda, y nadie puede ser un guarda si nadie lo toma a él o a su prisión en serio.* Por lo tanto, a lo largo del tiempo se desarrolló una perversa relación simbiótica. A medida que los guardas se volvían más agresivos, los prisioneros se volvían más pasivos; la autoaserción en los guardas se reflejaba en la dependencia de los prisioneros; el autoengrandecimiento se correspondía con la autohumillación, la autoridad con la falta de poder y la contrapartida del sentido del dominio y control de los guardas era la depresión y la desesperanza que se apreciaban en los prisioneros. A medida que estas diferencias en conducta, en talante y en percepción comenzaron a ser evidentes para todos, la necesidad de que los guardas, ya «justamente» poderosos, dominasen a los inferiores e impotentes internos se convirtió en una razón suficiente para apoyar cualquier otra indignidad del hombre contra el hombre.

GUARDA K: Durante la inspección me fui a la celda 2 para ordenar el lío que el prisionero había hecho en la cama y él me agarró gritándome que lo había hecho y que no estaba dispuesto a permitir que yo lo arreglase... Me cogió por el cuello y, aunque yo me reía, lo cierto es que consiguió asustarme de veras. Lo empujé hacia atrás golpeándolo con la porra en la mejilla aunque no muy fuerte y cuando me zafé fui presa de una fuerte irritación. Ardía en deseos de volver a la celda y de tener un enfrentamiento con él, ya que me atacó cuando estaba desprevenido.

GUARDA M: Yo estaba sorprendido de mí mismo... Hice que los prisioneros se llamasen unos a otros por sus nombres y luego los obligué a limpiar los retretes

con las manos. Prácticamente los llegué a considerar como ovejas y estaba continuamente persuadiéndome de que tenía que vigilarlos estrechamente para impedir que llevaran a cabo sus maquinaciones.

GUARDA A: Estaba harto de ver a los prisioneros tendidos en sus catres y de soportar el peculiar olor corporal que despedían en sus celdas. Los veía discutir entre ellos por órdenes que nosotros les habíamos dado. Desde luego no lo consideraban como un experimento. Era algo real y ellos luchaban por mantener su identidad. Sin embargo, allí estábamos nosotros para demostrar claramente quién era el que mandaba.

• • • • •

El poder considera que las muestras de dolor de sus víctimas son simple ingratitud.

Rabindranath Tagore, *Stray Birds*

Dado que el primer día transcurrió sin que ocurriese ningún incidente, nos sorprendió y nos pilló desprevenidos la rebelión que se produjo durante la mañana del segundo día. Los prisioneros se despojaron de sus gorras, descosieron sus números y levantaron barricadas dentro de las celdas poniendo sus camas detrás de las puertas. El problema que se nos planteaba era qué hacer frente a esta rebelión. Los guardias también estaban bastante alterados porque los prisioneros comenzaron a reírse y a burlarse de ellos en su cara. Cuando llegó el turno de guardias de la mañana se irritaron contra los del turno de noche por haber sido tan permisivos y blandos y por haber consentido que la rebelión hubiera llegado a producirse. Los guardias tenían que enfrentarse solos a la rebelión y fue sorprendente ver las acciones que emprendieron.

Lo primero que hicieron fue llamar a refuerzos. Los dos guardias que estaban de retén en sus casas vinieron y el turno de noche se ofreció voluntariamente a permanecer en su puesto (sin paga extra) para apoyar al turno de mañana. Los guardas tras una deliberación decidieron oponer su propia fuerza a la fuerza de los prisioneros. Consiguieron un extintor de dióxido de carbono que lanzaba un chorro helado y con él obligaron a los prisioneros a retroceder en las puertas, entraron a continuación en cada celda, desnudaron a los prisioneros, sacaron fuera los catres, pusieron a los líderes en celdas de castigo (confinamiento solitario) y comenzaron a molestar e intimidar a los prisioneros.

Después de aplastar la revuelta, los guardas decidieron prevenir otras posibles creando una celda privilegiada para los que fuesen «buenos prisioneros», y luego sin explicación trasladaban a ellas a algunos de los cabecillas y a los buenos los pasaban a las de castigo. Los líderes de los prisioneros no podían confiar en estos nuevos compañeros de celda porque no se habían unido a la revuelta e incluso podían ser «soplones». A partir de entonces los prisioneros nunca actuaron unidos contra el sistema. Uno de los líderes de la revuelta de los prisioneros confesaba más tarde:

Si nos hubiésemos mantenido unidos, creo que habríamos dominado la situación. Sin embargo, cuando vi que la revuelta no funcionaba decidí ajustarme al sistema. Todo el mundo hizo lo mismo. Desde entonces nos controlaron realmente.

Fue después de este episodio cuando los guardias comenzaron de verdad a desplegar inventiva en la aplicación del poder arbitrario. Obligaban a los prisioneros a obedecer reglas estúpidas y con frecuencia inconsistentes, a realizar trabajos tediosos e inútiles tales como

trasladar cartones de un retrete a otro una y otra vez o sacar espinas de sus mantas durante horas y horas. No sólo tenían los prisioneros que cantar canciones o reír o dejar de reír cuando se les ordenaba sino que también tenían que insultarse y vilificarse entre sí durante los recuentos. También tenían que decir en voz alta sus números durante interminables períodos de tiempo y se les obligaba a tenderse en el suelo y a levantar a alguien que se ponía de pie o se sentaba encima de ellos.

Poco a poco los prisioneros fueron resignándose a su destino. Incluso llegaban a portarse de forma que realmente ayudaba a justificar el deshumanizado tratamiento que recibían a manos de los guardias. El análisis de las cintas grabadas en las que se recogían las conversaciones entre prisioneros y los comentarios que hicieron a los entrevistadores revelaron que el ochenta y cinco por cien de las afirmaciones valorativas de sus propios compañeros eran peyorativas:

Prisionero: el 2093, el «Sarge», siempre nos sirve de víctima propiciatoria ... no podemos comprender cómo puede plégarse mentalmente a todo lo que se le pide.

Este resultado deberá ser tomado dentro del contexto de uno todavía más sorprendente. ¿De qué creen ustedes que hablaban los prisioneros cuando estaban solos en sus celdas, gozando de un respiro lejos del mal trato y de la vigilancia de los guardias: de sus chicas, planes de carrera, hobbies, política, etc., que parecen ser a primera vista los temas más importantes de conversación?. Desde luego que no. Sus preocupaciones estaban centradas casi exclusivamente en temas relativos a la prisión. Las conversaciones registradas revelaron que sólo el 10 por cien del tiempo se dedicaba a temas del «exterior». Durante el restante 90 por ciento del tiempo discutían temas como planes de fuga, la horrible comida, quejas o tácticas de congraciamiento a usar con guardas específicos. La obsesión de los prisioneros con preocupaciones de la supervivencia inmediata convertía la conversación sobre su pasado y su futuro en un lujo ocioso. Sin embargo, el centrarse exclusivamente en temas de prisión tenía un efecto doblemente negativo sobre el ajuste del prisionero. En primer lugar, permitiendo voluntariamente que los temas de la prisión ocupasen sus pensamientos, incluso cuando ya no tenían que desempeñar sus roles, los prisioneros extendían la opresión y la realidad de la experiencia. En segundo lugar, dado que los prisioneros eran al empezar desconocidos entre sí, la única forma que tenían de conocer cómo eran los otros realmente era compartiendo sus experiencias y sus expectativas para el futuro y observando cómo se comportaban. Sin embargo, lo que observaba cada prisionero era cómo sus compañeros permitían que los guardas los humillasen, actuando como ovejas complacientes, llevando a cabo órdenes absurdas con obediencia total o incluso siendo insultados por sus propios compañeros (a instancias de los guardas). Después de haber vivido varios días confinados juntos en este rígido entorno, muchos de los prisioneros ni siquiera conocían los nombres de la mayoría de los otros, de dónde procedían ni tenían la más ligera idea de qué hacían cuando no eran «prisioneros». Bajo tales circunstancias, ¿cómo podía un prisionero tener respeto por sus compañeros o algún tipo de respeto hacia lo que él mismo estaba llegando a ser ante los ojos de quienes le estaban evaluando?

• • • • •

La vida es el arte de ser bien engañado; y para que el engaño pueda surtir su efecto tiene que ser habitual y continuado.

W.M. Hazlitt. «*On pedantry*». *The Round Table*

Así, la combinación de elementos simbólicos y realistas en este experimento se fusionaron para crear una ilusión vivida de encarcelamiento. Esta ilusión se fundió inextricablemente con la realidad, por lo menos durante parte del tiempo, para cada individuo que participó en esta situación. Era notable observar con qué facilidad nos deslizamos en nuestros roles, cedemos temporalmente nuestras identidades y permitimos que estos roles asignados y estas fuerzas sociales de la situación guíen, modelen y al final acaben controlando nuestra libertad de pensamiento y de acción.

¿Es posible, cabe preguntarse, que unas personas voluntarias que tienen un alto grado de inteligencia y de educación formal, hayan podido perder la perspectiva de la realidad, de que no hacían más que actuar como parte de un juego elaborado (de policías y ladrones) que iba a tener que acabar? Hay muchas fuentes de evidencia que indican no sólo que es posible sino que también nosotros (los experimentadores) perdimos esa perspectiva. Algunos ejemplos demostrarán la medida en la que un experiencia de simulación de desempeño de rol puede, bajo ciertas circunstancias, convertirse en una situación vital de compromiso total.

El prisionero 819, que cayó en un estado de rabia incontrolable seguido por un ataque de llanto, estuvo a punto de ser liberado prematuramente de la prisión cuando un guarda puso en fila a todos los prisioneros y les hizo cantar a coro: «el 819 es un mal prisionero; por culpa del daño que hizo a la propiedad de la prisión, todos tendremos que pagar; el 819 es un mal prisionero» y repetirlo una y otra vez. Cuando pensamos que el prisionero 819 estaría resistiendo estos cantos fuimos a la habitación donde se suponía que debería estar descansando y lo encontramos llorando, y preparándose para volver a la prisión dado que no podía abandonarla en tanto que los demás pensasen que era un «mal prisionero». A pesar de que se sentía mal, tenía que probar a los otros que no era un «mal» prisionero. Tuvo que ser persuadido de que no era en absoluto un prisionero, de que allí todos eran estudiantes, de que aquello no era más que un experimento y no una prisión y de que el personal directivo de la prisión no eran más que psicólogos sociales.

Considérese lo excesivo de la reacción que manifestamos ante el rumor de la preparación de una fuga masiva que uno de los guardianes aseguraba haber oído. El rumor decía lo siguiente: el Prisionero 8612, que había sido liberado con anterioridad a causa de problemas emocionales había fingido dichos problemas. En realidad, estaba reuniendo un grupo de amigos con los que asaltar la prisión inmediatamente después de la hora de visita. En lugar de recoger datos sobre la pauta de transmisión del rumor, elaboramos planes para mantener la seguridad de nuestra institución. Lo primero que hicimos fue introducir a un colaborador nuestro en la celda que había ocupado 8612 con el fin de que obtuviese información acerca de los planes de fuga. A continuación, el Superintendente se desplazó hasta el Departamento de Policía de Palo Alto para solicitar el traslado de nuestros prisioneros a la vieja cárcel de la localidad. Su apasionada petición fue desestimada a última hora cuando un concejal puso de relieve el problema de seguridad y de responsabilidad legal que planteaban nuestros prisioneros a la ciudad.

Enfurecido por esta ausencia de cooperación institucional el personal formuló otro plan. Se dismanteló la cárcel; los prisioneros, encadenados y con los ojos vendados, fueron conducidos a un lejano almacén. Cuando llegasen los conspiradores, se les diría que el estudio había concluido, que sus amigos habían sido enviados a sus casas respectivas y que no había allí nada que liberar. Una vez que se hubiesen ido, se reforzaría la seguridad de nuestra prisión para hacer inútil cualquier intento de fuga. Llegamos incluso a planear hacer volver al ex prisionero 8612 con algún pretexto para encarcelarlo de nuevo bajo la acusación de haber conseguido su libertad alegando falsos motivos.

Resultó que el rumor era eso: simplemente un rumor, pero habíamos dejado transcurrir un día entero sin recoger ni un solo dato; habíamos trabajado increíblemente para des-

mantelar primero y reconstruir a continuación nuestra prisión. Sin embargo, nuestra reacción fue tanto de alivio y alegría como de agotamiento y frustración.

Tal vez la versión más elocuente del siniestro desarrollo de esta nueva realidad y de la gradual metamorfosis kafkiana del bien en el mal se evidencia en los extractos del diario de uno de los guardias, el guardia A:

ANTES DEL EXPERIMENTO: Como persona pacifista y no agresiva me resulta imposible imaginar una situación en la que pueda ser guardia de otras criaturas vivas, mucho menos maltratarlas.

TRAS LA REUNION DE ORIENTACION: La compra de uniformes al final de la reunión confirma la atmósfera de pasatiempo de todo este montaje. Tengo dudas de que muchos de nosotros compartamos las expectativas de «seriedad» que parecen tener los experimentadores.

PRIMER DIA: Presiento que los prisioneros se burlarán de mi aspecto. Pondré en marcha mi primera estrategia básica —fundamental es que no sonría ante nada que pueda decir o hacer lo cual equivaldría a admitir que esto no es más que un pasatiempo... En la celda 3 me detengo y con voz grave y baja digo al número 5486: «¿de qué te ríes?», «De nada, Sr. Oficial Correccional». «Bien, asegúrate de que es así». (Cuando me marchó, me siento como un estúpido).

SEGUNDO DIA: 5704 me pidió un cigarrillo y no le hice caso —ya que no fumo y no puedo empatizar... Mientras tanto, y, dado que sí empatizaba con 1037, decidí no dirigirle la palabra... Después del Recuento y de que se apagasen todas las luces, el Guardia D y yo mantuvimos una conversación a voces relativa a ir a visitar a nuestras chicas y a lo que íbamos a hacer con ellas.

TERCER DIA: (Preparativos de la primera Noche del Visitante). Tras advertir a los prisioneros que no planteasen quejas si no querían que la visita se ocutase, dejamos entrar a los primeros padres. Conseguí ser uno de los guardias del patio puesto que ello me brindaba la primera oportunidad del tipo de poder manipulativo que realmente me gusta —el de ser una figura bien visible con un control casi completo sobre lo que se dice o no—. Mientras los padres y prisioneros ocupaban unas sillas, yo me senté en el extremo de la mesa moviendo los pies negando todo lo que se me ocurría... 817 se está comportando de forma odiosa y parece pedir a gritos que se lo vigile más estrechamente.

CUARTO DIA: ...el psicólogo me increpa por esposar y vendar los ojos de un prisionero antes de abandonar la oficina (de consejo y orientación) y le contesto ofendido que es necesario desde el punto de vista de la seguridad y que, en cualquier caso es asunto mío.

QUINTO DIA: Acoso a «Sarge» que se obstina tercamente en obedecer en exceso todas las órdenes. Lo he seleccionado especialmente para maltratarlo porque se lo ha ganado a pulso y porque me cae mal, sin más. El problema verdadero empieza en la cena. En nuevo prisionero (416) se niega a comer su salchicha...

Lo arrojamamos al Agujero y le ordenamos que cogiendo salchichas en cada mano las mantenga en alto. Tenemos una crisis de autoridad. Esta conducta rebelde puede socavar el control completo que tenemos sobre los demás. Decidimos sacar partido de la solidaridad de los prisioneros y decirle al nuevo que si no da cuenta de su cena privará a los demás de la visita... Al pasear por delante de la puerta del Agujero doy porrazos en ella... Siento una gran irritación hacia este prisionero que crea molestias y problemas a los demás. Decidí hacerlo comer a la fuerza pero se resistía a tragar, de modo que la comida que le daba le caía resbalando por la cara. No creía que fuera yo el que hacía esto. Me odiaba por obligarlo a comer pero lo odiaba a él todavía más por negarse a comer.

SEXTO DIA: El experimento ha finalizado. Me siento gozoso pero al mismo tiempo asombrado de enterarme de que otros guardias están desilusionados por perder dinero y porque se lo estaban pasando bien.

Ya no estábamos implicados en un ejercicio intelectual en el que se estaba evaluando una hipótesis de una manera desapasionada dictada por los cánones del método científico. Nos vimos atrapados por la pasión del presente, por el sufrimiento, la necesidad de controlar a las personas y no simplemente las variables, la escalada del poder y todos los sucesos inesperados que estaban produciéndose a nuestro alrededor y dentro de nosotros. ¡Tuvimos que interrumpir el experimento! Así, nuestra simulación que se había planeado para dos semanas, fue abortada después de sólo seis días y seis noches (¿fueron sólo seis?).

• • • • •

Hemos ido demasiado lejos en nuestro viaje y nuestro ímpetu ha comenzado a crecer; caminamos vanamente hacia la eternidad, sin posibilidad de aplazamiento y sin esperanza de explicación.

Tom Stoppard. *Rosencrantz and Guildenstern are Dead*

Pero, ¿valía la pena todo este sufrimiento para probar algo que ya todos sabíamos de antemano: que hay personas sádicas, que hay otras que son débiles y que las prisiones no son precisamente un lecho de rosas? Si es esto todo lo que demostramos en nuestra investigación, desde luego no valía la pena. Creemos que hay muchas implicaciones significativas que se pueden derivar de esta experiencia, sólo algunas de las cuales se sugerirán aquí.

El valor social potencial en este estudio deriva precisamente del hecho de que jóvenes normales, sanos y con alto grado de educación formal pudieran ser transformados radicalmente bajo las presiones institucionales del «entorno de una prisión». El argumento seguiría así: si esto sucede en tan corto tiempo, sin los excesos que son posibles en las prisiones reales, en la «flor y la nata» de la juventud del país, entonces no cabe más que echarse a temblar ante la imagen de lo que la sociedad está haciendo tanto a los guardias como a los prisioneros reales que en este mismo momento están participando en ese antinatural «experimento social».

La patología observada en este estudio no se puede atribuir razonablemente a diferencias preexistentes de personalidad de los sujetos, al haber sido eliminada tal opción por nuestros procedimientos de selección y la asignación aleatoria. En su lugar, las reacciones anormales de los sujetos, tanto desde un punto de vista social como personal, deben ser considerados como un producto de su *transacción* con el entorno cuyos valores y contingencias apoyaban la producción de una conducta que sería patológica en otros contextos, pero que en éste resultaba «apropiada». Si hubiésemos observado reacciones comparables en una prisión real, un psiquiatra hubiese atribuido sin duda la conducta del prisionero a defectos de carácter o a deficientes ajustes de la personalidad, mientras que los críticos del sistema de la prisión hubiesen etiquetado la conducta de los guardas como «psicopática». Esta tendencia a ubicar la fuente de la conducta *en el interior* de una persona o grupo particular infraestima el poder de las fuerzas situacionales para determinar la conducta mientras que supervalora la eficacia de las disposiciones y los rasgos de personalidad. Existe una notable abundancia de investigación que indica que hay poca generalidad transituacional en los rasgos de personalidad y, más aún, que la consistencia de la personalidad está más en la mente del observador que en la conducta de los que son observados.

Desgraciadamente la insistencia por parte de los psiquiatras tradicionales, los psicoanalistas y los psicólogos de la personalidad en que la conducta desviada o patológica es un

producto de los débiles, de rasgos latentes y de toda una cohorte de disposiciones internas supuestas ha hecho un flaco servicio a la humanidad. Los que ocupan posiciones de poder han recibido de esta forma un arsenal de etiquetas para aplicar a los que carecen de poder, a los pobres, a los disidentes, a los incorformistas, a los revolucionarios, etc. permitiéndoles mantener el status quo convirtiendo a las personas en *problema* en lugar de las injusticias en la situación vital económico/socio/político. Además, este análisis disposicional se convierte en un arma en manos de los legisladores reaccionarios y de las agencias encargadas de sancionar las leyes, ya que entonces las personas que son consideradas como problema pasan a ser tratadas por una de las instituciones ya existentes mientras que las situaciones problema son ignoradas o despreciadas como irrelevantes o demasiado complejas para cambiar fácilmente.

• • • • •

Entre todas las formas vulgares de escapar de la consideración de la influencia moral y social sobre la mente humana, la más vulgar de todas es la que consiste en atribuir las diversidades de conducta y de carácter a diferencias naturales inherentes.

J. Stuart Mill, *Principios de Economía Política*

La lección más inquietante de nuestra investigación procede de los paralelismos entre lo que ocurrió en la prisión simulada y las experiencias diarias de nuestras vidas, y suponemos que también de la suya. La institución física de la prisión no pasa de ser una metáfora de acero y hormigón frente a la existencia de prisiones más generales, desgraciadamente menos evidentes, de la mente que cada uno de nosotros crea, puebla y perpetúa. Nos referimos aquí al racismo, al sexismo, la desesperación, la timidez y similares. La institución social del matrimonio se convierte, por ejemplo, para muchas parejas en un estado de encarcelamiento en el cual un componente consiente en ser el prisionero o el guarda, obligando o permitiendo al otro desempeñar el rol recíproco, siempre sin hacer explícito el contrato. ¿En qué medida nos permitimos a nosotros mismos llegar a estar encarcelados al admitir dócilmente los roles que los otros nos asignan o, en realidad, decidimos permanecer prisioneros dado que ser pasivos y dependientes nos libera de la necesidad de actuar y de ser responsables de nuestras acciones?

Sin embargo, a pesar de la caracterización profundamente negativa de las prisiones que cabe extraer de nuestros resultados y de otros presentados por otros autores, existen todavía razones de favor de un moderado optimismo en relación con la posibilidad de reformas constructivas. En realidad, si la patología de las prisiones se puede aislar como un producto de las relaciones de poder en la estructura psicosociológica de la misma institución, el cambio todavía es posible. Las instituciones sociales, siendo como son creaciones de los seres humanos, y nuestros limitados experimentos sobre el control político y social, son susceptibles de modificación al ser confrontados con una conciencia humana que protesta ante su falta de adecuación... y preocupada por eliminar todas las formas de la injusticia. Las posiciones institucionalizadas tienen que ser cambiadas radicalmente, hay que buscar alternativas al encarcelamiento de tal forma que los valores humanos sean fomentados en lugar de destruidos y pervertidos. aunque «no va a resultar fácil».